

una casa de aspecto severo y preguntaba á la respetable matrona que salió á abrir:

—¿El señor Muller?

—Sí, señor.

—Traigo una carta para él.

—Entrad.

XX

Muerto y vivo.

Juan Montarón había comprendido, aunque dicho al paso y en medias palabras, el aviso que su hermano le había dado en el puerto de Nouméa.

Era preciso estar preparado para todo.

Lo estaba.

La casualidad y las costumbres de la colonia debían favorecer singularmente la tarea emprendida por el vizconde de Fleuse y su compañero.

En ninguna parte era tan fácil la evasión como en Numea.

Como había dicho el farmacéutico envenenador, para conseguirlo bastaba poseer el nervio de la guerra, dinero y un amigo en libertad que consintiese en ayudarle.

El héroe del drama de la Boca del Lobo tenía las dos cosas.

Además, desde el día de su desembarco, estaba en una situación escepcional. Se lo había llevado el director de Mandu.

Al cabo de quince días, Juan, cuya conducta era excelente, estaba mirado como uno de los mejores obreros de aquella fábrica extraordinaria en la que se reducen á conservas para el ejército innumerables reses vacunas.

Por su docilidad, su disposición y su disciplina había conquistado Juan, desde las prime-

ras horas, las simpatías de sus jefes y aun la de su vigilante, un corso llamado Tomasi.

Este corso, muy severo para con los otros presos, se mostraba de una complacencia extrema para con Juan Montarón.

El establecimiento de Mandu está situado á unas doce leguas de Noumea, en una pendiente suave á media ladera en una admirable situación, en medio de un bosque poblado de pájaros multicolores.

Acá y allá, entre la verdura, como en un parque soberbio se elevan las casas del director y de los almacenes y chozas dispersas á corta distancia unas de otras, formando una aldea inmensa, sin campanario.

Delante del establecimiento, á cosa de un kilómetro de distancia, aparece el mar, de un azul intenso que produce un contraste encantador con las playas rojas que lo rodean.

Más allá, los bancos de coral suben hasta flor de agua, salpicando aquel azul de manchas grises, mientras que allá, á tres millas de la orilla, otras rocas más considerables se elevan como una muralla para preservar la isla de las invasiones de los corsarios.

Algunas ensenadas perfectamente abrigadas sirven de paseo á los habitantes de Mandu, pero es preciso no pensar en bañarse en aquellas aguas pérfidas, donde los tiburones reinan como soberanos.

El vigilante encargado de los condenados alquilados por la administración al establecimiento de Mandu, sabe que no tiene auxiliares más seguros que esos animales glotones de

que el mar está infestado, y su vigilancia disminuye con la idea de aquel ejército formidable de guardianes incorruptibles, con los que puede contar.

Felizmente Juan Montarón tenía también sus cómplices, y éstos trabajaban con una actividad de la que no podía dudar.

Así era que esperaba tranquilo el momento.

Estaba siempre alerta, pero seguro de que su hermano no se descuidaría.

Vestido como sus compañeros, con la blusa gris de reglamento y el sombrero de paja, se mostraba el más complaciente de los servidores y el más sumiso de los prisioneros.

Una mañana, á cosa de las diez, al ir á llevar unos bueyes al matadero, pasó al lado de dos caballeros que venían de almorzar de casa del director de Mandu.

Su cara no expresó sorpresa alguna; sin embargo, un estremecimiento repentino le había agitado de los pies á la cabeza.

Uno de aquellos dos *gentleman* le dijo en voz baja al pasar á su lado:

—Esta noche, de ocho á diez, allí.

Y con un gesto imperceptible le indicó una pequeña ensenada que se distinguía desde aquel sitio.

Juan, con una guiñada, hizo comprender al *gentleman* que quedaba enterado.

Aquel *gentleman* era su hermano; el otro era el vizconde de Fleuse.

Una balandra de elegante forma, á propósito para la carrera, se balanceaba en alta mar entre el cinturón de las murallas

de coral y las arenas de la playa de Mandu.

Aquella balandra, montada por cinco hombres de tripulación, era del vizconde de Fleuse.

Todo el mundo lo sabía.

Ahora bien; ¿quién hubiera podido desconfiar en la colonia del vizconde y su compañero?

Distinguido, de una franqueza extrema, siempre de buen humor, aquel aventurero cuya cartera estaba repleta de valores y que buscaba instalarse allí donde hubiera probabilidades de hacer negocio, era admirablemente acogido por todo el mundo.

Funcionarios, oficiales, fondistas, abastecedores, todos le estimaban.

Ni aun su barco hacía sospechar nada.

Constituía para él el mejor y casi el solo medio de transporte alrededor de la isla, en un viaje de necesaria exploración.

Su compañero no desempeñaba á su lado más que un papel secundario, y nadie se ocupaba de él.

No veían en él más que un pariente pobre, acompañando á un pariente rico y sirviéndole de *factotum*.

El vizconde había hablado ya de su marcha próxima á los amigos, que se había hecho en Numea con la facilidad que un hombre sencillo é inteligente, al llegar á su país, encuentra casi siempre para sus compatriotas en una colonia nueva y lejana donde están en pequeño número, deseosos de oír hablar de la madre patria.

Sus explicaciones habían sido sencillas.

Con sentimiento se decidía á abandonar la Nueva Caledonia, pero no encontraba él allí los elementos con que había creído poder contar para establecerse en ella.

Ya había hecho sus visitas de despedida.

La víspera había ofrecido una comida á todos los amigos que tenía en Numea.

En vano habían éstos tratado de retenerle.

El director de Mandu había hecho más esfuerzos que los otros.

A decir verdad, la compañía, tan magníficamente constituida, carecía de capitales.

Su caja se parecía al tonel de Danaides.

Nada podía llenarla.

Los cien mil francos del vizconde hubieran producido, al menos por algunas semanas, un excelente efecto en aquel antro.

En esto estaba el secreto de las atenciones sin cuénto que habían tenido para con él, y por las que no se había dejado engañar.

Su experiencia, tan caramente pagada, le había hecho muy prudente.

Quería á su dinero, último resto de su cuantiosa fortuna, como á las niñas de sus ojos.

A eso de las cinco de la tarde, vió Juan por última vez á su hermano Guillermo, que se alejaba con el vizconde de Fleuse y el jefe de la casa, y bajaba hacia la pequeña ensenada que antes le había indicado, donde los esperaba una lancha para conducirles á la balandra, cuya vela mayor estaba ya extendida por la brisa que refrescaba.

Los dos hermanos cambiaron una mirada.

Y el confinado vió desde lejos á los dos

hombres llegar á la playa, montar en la lancha y alejarse á fuerza de remo hacia la balandra.

La lancha se acercó á la pequeña embarcación; los dos hombres saltaron á esta y enseguida se dirigió hacia alta mar.

El prisionero, con el corazón oprimido, se abismó en la contemplación de aquel mar reberverante, sobre el que el barco no dejaba ya estela, cuando de pronto sintió una mano que le tocaba en el hombro.

Era la del vigilante.

—¿He?—dijo—¿se envidia la suerte de esas buenas gentes! ¡Le gustaría á uno largarse como ellos!

Juan le miró con fijeza.

—Es verdad—dijo;—pero yo me pregunto como podría arreglarme para eso.

—¡No es fácil, no, por Santa María!

—¡No es fácil, en efecto, y es lastima!

—Teniendo, dinero, se podría intentar la aventura, pero no somos millonarios, ¿no es verdad?

—Ni mucho menos.

—En ese caso, amigo mío, hacéis mal en apuraros como veo; no seréis desgraciado con nosotros...

—¿Creéis vos?

—Sois un buen chico, un trabajador modelo... Dentro de poco tiempo os indultarán y obtendréis una buena concesión del lado del Bourai, buen terreno, sangre de Cristo, para estableceros allí y pasar el resto de vuestros días... Y después os casarán. Entre las conde-

nadas encontraréis una mujer bonita y haréis un buen matrimonio.

—Es una idea. No pensaba yo en eso.

—Pues si queréis que os diga la verdad, no os creo más desgraciado que yo. ¿No estoy condenado como vos? ¿No tengo que estarme en esta maldita Caledonia? ¿Soy mejor tratado que vosotros?

—Vos podéis marcharos...

—¿Para qué? ¿A dónde iría yo? ¿Tengo rentas? ¿Qué nos dá el Estado? una miseria... Al gobernador, en horabuena. ¡Le pagan miles y miles! ¡Y á todos esos cagatintas que no hacen más que beber desde la mañana hasta la noche, jugar al bézigue, andar de taberna en taberna ó fumar buenos habanos en el puerto! ¡Habladme de esos! ¡Pero nosotros, si hay perros cuya condición es mejor que la nuestra. ¡Así es que no creáis que yo me molestaria!

Podéis largaros cuando os plazca... ganar un día los bosques del lado de Kopetu, ó atravesar el mar... No seré yo quien os moleste... Sólo que tengo que advertiros que no lo conseguiréis... En el primer caso, los buenos canaques se encargarán de asaros tal vez. Aún hay algunos antropófagos en la montaña; si no al cabo de algunos días volveréis espontáneamente al redil... En el segundo caso, los tiburones os limpiarán el armazón en un abrir y cerrar de ojos. Lo mejor es resignarse. Os doy un consejo como amigo... Por mi parte no tenéis nada que temer. Si os escapáis, tiraré uno ó dos tiros, pero al aire, para salvar la responsabilidad, por cumplir con mi deber, porque

no quisiera perjudicar á un buen muchacho como vos.

Juan Montarón no pudo menos de sonreír; pero no contestó.

¿Era sincero el corso, ó trataba de conocer sus intenciones?

Ambas hipótesis eran admisibles.

Tomasi continuó:

—Os digo esto, porque sois un buen chico y yo no encuentro vuestro caso punible. Con un jurado corso hubierais sido indultado. No se hubiera escrito un pliego. He estudiado vuestro asunto. Me gusta conocer la historia de los pensionistas que nos llegan. La vuestra es interesante... ¿Era guapa la hermanita?

—No me habléis de eso—replicó Juan con viveza;—me daréis ideas que no tengo.

—¿La de escaparos?

—Sin duda...

—Eso es bueno en vuestra Sologne... Aquí hay demasiada agua y no se puede pasar á pie enjuto como los bosques ó las tierras de allí... ¡Para qué pensar en lo imposible!

—Tenéis razón—dijo el condenado con aire sombrío.

Una campana sonó á alguna distancia.

—¡La hora del rancho!—dijo el corso.

Juan Montarón se dirigió lentamente hacia el cobertizo donde estaba puesta la mesa.

El cubierto no era lujoso: una olla de hoja de lata, cerca de la que estaba un penado, que llenaba las marmitas de sus compañeros.

El vigilante siguió con la vista á Juan, y dijo para sí:

—El pobre diablo no desea más que escaparse. No seré yo quien le detenga; pero no hay cuidado, no lo conseguirá. Es tan imposible como coger la luna con los dientes:

Se encogió de hombros.

—De todos modos, es gracioso lo que se ve. ¡Yo hubiera hecho lo mismo! Creo que hizo bien... ¡Idiotas, haberle mandado á California! ¡Brutos burgueses!... ¡Bah!...—dijo.

Se dirigió hacia el cobertizo donde se distribuía el rancho. El suyo no era mejor que el de los penados.

—¡Número veintiseis!—llamó el que hacía la distribución.

Juan Montarón avanzó y recibió su pitanza.

Su marmita estaba llena de un caldo ligero, en el que se encontraban algunos despojos de carne.

Había allí, en el cobertizo, unos treinta penados con blusa gris, sentados en bancos, con la escudilla entre las piernas, devorando con avidez aquella bazofia.

El vigilante estaba cerca de ellos.

Era imposible dar un paso sin que él lo viera.

A las ocho y media cerró el corso el barracón de madera donde sus prisioneros pasaban la noche sobre jergones de feno alineados como las camas de un cuartel.

Y metiendo la llave en el bolsillo, se marchó á respirar el aire puro de la noche, pero sin separarse mucho de la barraca.

El jergón de Juan era el más próximo á la puerta,

Sobre su cabeza había una ventana cerrada por la parte de fuera, y apenas bastante ancha para dejar paso á un hombre.

Era la única salida posible.

El desgraciado comenzaba á desesperar.

Los azares de la noche le servían mal.

Las palabras de su hermano zumbaban incessantemente en sus oídos.

—Esta noche, á las diez, allí.

Sus dos cómplices debían estar en el lugar de la cita.

¿Cómo unirse á ellos?

En aquel momento supremo Juan estaba decidido á todo.

Hubiera preferido recibir diez balazos á seguir siendo esclavo vendido á un amo para el que trabaja bajo el látigo del capataz.

En la Nueva Caledonia, el látigo se transforma en una carabina corta que el vigilante lleva al hombro, y un revólver de grueso calibre que lleva á la cintura.

De estos objetos no se separaba el corso ni de noche ni de día, y eran parte integrante de su uniforme, como sus zapatos, sus polainas y su camisa.

Juan temblaba de impaciencia.

Era preciso salir sin que se apercibieran sus compañeros, de los que estaba seguro que no hubieran dejado de hacerle traición.

No había otra salida más que la ventana.

La pálida luz de una lámpara de petróleo alumbraba mal aquel largo establo de bestias humanas, sobre cuyo suelo estaban tendidos los condenados.

Juan Montarón se volvió hacia la ventana en que fundaba su última esperanza de salvación.

Podía llegar á ella, endir los barrotes de un puñetazo y saltar afuera. En seguida, aunque tuviese que sufrir la descarga de la carabina del corso y los disparos de su revólver, ganaría en una carrera furiosa el punto de la playa que su hermano le había designado.

Ya se disponía á izarse hasta la ventana, cuando se sintieron pasos hacia la puerta y se oyó entrar la llave en la maciza cerradura.

Era Tomásí, que venía á instalarse en su puesto, una especie de garita situada en uno de los lados de la puerta.

El amor de la libertad es uno de los sentimientos más poderosos que inspiran resoluciones á los hombres.

En este instante decisivo el condenado se replegó sobre sí mismo.

Una instintiva ferocidad hizo rechinar sus dientes y se dispuso á lanzarse sobre el vigilante.

Se había acostado completamente vestido.

El vigilante entreabrió la puerta.

Si hubiera dado un paso más estaba perdido.

De un solo golpe le hubiera aplastado Juan.

Pero una voz llamó desde el exterior:

—¡Tomásí!

Era la de uno de los guardas de Mañdu.

Independientemente del vigilante delegado por la autoridad cerca de los condenados, la Sociedad concesionaria está obligada á darles ayudantes suficientes para asegurar el orden y

la paz entre los penados é imposibilitar su evasión.

Juan reconoció aquella voz con estupefacción, como en otros tiempos reconocía la de Barasson en la Ferté.

Era la voz de un tal Schmidt, que se decía alsaciano y que todo el mundo sospechaba, con razón, que era un alemán del otro lado del Rhin.

Este Schmidt, muy ordenancista, era justamente temido por los penados.

Los puños de Juan se apretaron convulsivamente.

Eran dos enemigos en lugar de uno.

La dificultad iba aumentando y los minutos huían con una rapidez vertiginosa, según á él le parecía.

Felizmente las voces se alejaron.

Tomasi y Schmidt se pusieron á pasear.

De pronto un rayo blanco filtró por el intervalo casi imperceptible de la puerta que estaba entreabierta.

La luna acababa de aparecer por encima de los bosquecillos de la costa.

Era una suerte inesperada.

El momento era propicio.

Juan se deslizó hasta aquel intervalo arrastrándose como el tigre de la India que va á sorprender su presa.

Felizmente necesitaba poco hueco.

Se encontró fuera.

Pero no estaba aun en salvo.

Schmidt y el corso, á unos cincuenta pasos de distancia, le volvían la espalda, y la cabeza

del uno tocaba con la del otro, encendían sus pipas prestándose fuego.

El suelo, alrededor de la barraca de los forzados, estaba tapizado de hierba corta. Nada podía ocultar al fugitivo á la vista de los dos hombres si se volvían hacia él.

Continuó arrastrándose y llegó hasta uno de los lados donde no podían verle.

Lo más difícil estaba hecho.

En el interior del edificio no se movía nada.

Al resplandor de la luna distinguía Juan Montarón un horizonte considerable.

Delante de él desaparecía el mar.

De Mandu se baja al mar por una pendiente rápida sobre un suelo accidentado cubierto, á medida que uno se aproxima á la playa, por arbustos que el sol quema y que el rocío de la mañana y de la noche refresca.

Juan Montarón iba á lanzarse á todo escape por esta pendiente.

De pronto oyó en las tinieblas el ladrido de un perro.

¿Era que el animal le aventaba?

Tuvo miedo, pero al mismo tiempo se apoderó de él la cólera: un ardor de lucha por la libertad.

Aquel dogo estaba, como los vigilantes, destinado á la custodia de los penados.

Se llamaba César.

El fugitivo no tenía armas.

Se apoderó de la primera que encontró á mano.

Era un pedazo de la reja de un arado.

Después se decidió y echó á correr por la pendiente que tenía ante él.

Tomasi y el Aleman seguían hablando sin sospechar nada.

No sucedía lo mismo al perro.

El era el que debía advertir á los guardianes.

Redobló los ladridos, pero no se movió del sitio donde estaba.

Estaba atado.

Juan ganaba mucho terreno.

—¿Qué tendrá César?—preguntó Schmidt á su compañero.

—¡Bah!—dijo el corso con indiferencia, nada sin duda.—Le pasa lo que á nosotros, se aburre.

—¿Se habrá escapado alguno de los penados?

—Es imposible.

Schmidt, sin embargo, se aproximó al barracón.

El resplandor de la lámpara salía por la abertura de la puerta.

—Sois muy descuidado Tomasi—dijo el alemán.—Tenéis todo abierto.

Desde el dintel mostró á su compañero las dos filas de penados, diciendo:

—Estos animales podrían hacernos una mala pasada y escaparse.

—¿A dónde queréis que vayan?—contestó el corso.

Entró en el inmenso dormitorio.

Sus ojos se fijaron desde luego en el gergón de Juan.

Estaba abandonado.

Tomasi lanzó un terno.

—César tenía razón—dijo encogiéndose de hombros.—Uno de estos bribones se ha escapado.

Schmidt estaba ya lejos y había descargado su arma para dar la voz de alarma y llamar á los auxiliares.

Juan Montarón que estaba ya á mitad de distancia se paró de pronto.

Aquel tiro le aterrorizó.

Su fuga era conocida.

Pero no era éste el único motivo de su inquietud.

Schmidt había desatado el perro, y éste llegaba á escape sobre su pista.

Juan emprendió de nuevo la carrera, redoblando la velocidad; pero César llegó, en pocos instantes, como un huracán sobre el fugitivo.

Juan se preparó, apoyándose sobre sus robustos jarretes, y recibió el choque.

César rodó por tierra, pero se levantó en seguida.

Era un dogo de mucha alzada, que gozaba en Mandu de una terrible reputación de ferocidad.

Juan le asestó un segundo golpe con el pedazo de reja que llevaba en la mano, y le cogió por la garganta.

Entonces hubo una lucha horrible, en la que el hombre llevó la ventaja.

Juan tuvo un instante entre sus manos al animal medio extrangulado, y balanceándole por las patas de atrás, le destrozó el cráneo

contra un pedazo de roca que sobresalía del terreno.

Pero había perdido tiempo.

El ruido de piedras que rodaban bajo pasos precipitados, le advertía que los guardas estaban sobre sus huellas.

Y por el ruido de la carrera pudo comprender que éstos eran numerosos.

Felizmente estaba cerca del sitio de la cita.

Cobró ánimo, y con los pies molidos, llenos de sangre, llegó al sitio que su hermano le había indicado.

Dos hombres le esperaban de pie en la lancha.

—¡De prisa!—ordenó uno de ellos.

Era el vizconde de Fleuse.

Un tercero, un desconocido, estaba en el timón.

El fugitivo saltó á bordo, los remos se agitaron, la lancha se deslizó en la bruma.

Pero casi en seguida, una salva de fusilería saludó su partida.

Juan, que estaba de pie en la parte de atrás, al sonar la descarga cayó al lado del piloto.

—¡Me han herido esos bandidos!—dijo.

He aquí lo que pasaba en la playa, desde donde habían hecho fuego.

El Corso, precedido del alemán, después de haber tratado en vano de detenerle, se había visto obligado á seguirle.

En el momento en que los dos llegaban á la orilla del mar, desaparecía en la bruma la lancha: no lo vieron pero oyeron en el agua un ruido que á la distancia en que estaban se

podía creer producido, lo mismo por un hombre que nadaba, que por los remos de una lancha.

El fuego que Juan había oído había sido hecho por el alemán y dos ó tres guardas del Mandú.

Cuando sonó la descarga un grito estridente llegó hasta ellos.

—¡Se concluyó!—dijo Tomasi.—¡Ya tiene bastante el pobre diablo! ¡Pero cómo esperaríamos escapárenos?

La luna se cubrió de nubes y todo desapareció en las tinieblas: el mar y las rocas, la tierra y sus rojas playas.

—*De profundis*—dijo el alemán burlándose.

Y al mismo tiempo hizo un último disparo, para escuchar el ruido que los ecos repetían.

Después hubo un momento de silencio.

Los guardas escuchaban con atención.

El ruido había cesado.

Nadie sospechó que el fugitivo tuviese cómplices.

Ninguno supuso tampoco que tuviese una probabilidad de salvación.

La lancha marchaba entretanto hacia el estrecho de San Vicente, después de haber cambiado de rumbo para despistar á los sitiadores y evitar sus balas.

A cosa de las diez llegó al lado de la balandra, que tenía en su mástil una luz roja y otra azul, para evitar todo error.

Dos horas después, ayudada por una buena brisa, entraba en el puerto de Nómica y al día siguiente por la mañana, á cosa de las nue-

BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO" DE
Año 1625 MEXICO

ve, tranquilamente, sin tomar ninguna precaución para disimular su cargamento y sus pasajeros, salía para una de esas excursiones cotidianas.

No debía volver hasta pasados dos meses.

El parte del vigilante de Mandu no fué entregado á las autoridades hasta cerca de mediodía.

Al llegar á Brisbane la balandra, trasladaron á Juan á un hotel.

Una de las balas del alemán ó de los guardas había atravesado un costado al fugitivo, causándole una herida muy grave. Pero era tal el valor del herido, que durante la travesía no había proferido una queja.

Los únicos cirujanos que cuidaron al herido fueron el vizconde y Guillermo. No quiso otros.

La alegría de recobrar la libertad contribuyó sin duda á su curación, pero tuvo que estar algunas semanas en cama en el hotel mientras sus compañeros exploraban los alrededores de Brisbane.

Un día, durante una de las excursiones de su hermano y del vizconde al Norte de Brisbane en busca de punto para establecerse, encontró Juan un periódico escrito en francés entre una porción de ellos que le habían dado para que se entretuviera leyendo.

Era *La Francia Austral*.

Aquel periódico se imprimía en Noumea.

Era ya atrasado de algunas semanas.

Juan lo cogió con ansia.

Tal vez hablara de su fuga.

No se engañaba.

He aquí lo leyó con estupor en la segunda columna:

UN RASGO DE LOCURA

»Se cree generalmente en Francia que no hay cosa más fácil que fugarse de la Nueva Caledonia.

»Que esto es un error, lo prueba la aventura de un deportado célebre.

»Es, por el contrario, casi imposible huir de allí, á menos de poseer recursos secretos bastante considerables y cómplices diestros y determinados.

»Ciertamente, en el asunto de que vamos á hablar, no ha habido tentativa de evasión, sino una voluntad decidida de suicidio.

»Hace algunas semanas, el transporte el *Garonna* desembarcó en Numea un convoy de penados.

»Entre ellos se encontraba el héroe de un drama ruidoso, el asesinato en Sologne de un oficial muy rico y de gran porvenir, el capitán de Corbiere, drama que excitó un vivo interés y del que la prensa francesa se ocupó mucho hacia fines del año pasado.

»Este condenado se llamaba Juan Montarón.

»Diferentes veces había manifestado la intención de concluir con una vida que juzgaba insoportable.

»A pesar de la más activa vigilancia, ha encontrado el medio de poner en ejecución su proyecto.

»Juan Montarón se ha suicidado hace dos días.

»He aquí como:

»En el momento en que el vigilante de los condenados, empleados en Mandu, cerraba la puerta del dormitorio, Juan Montarón atropellando al guarda, que no tuvo tiempo de hacer uso de sus armas, huyó.

»El fugitivo se dirigió hacia el mar.

»La noche era oscura.

»El guarda, después de haber dado la voz de alarma á sus ayudantes, se puso resueltamente en persecución del preso, ayudado por uno de los guardas de Mandu, Schmidt, bien conocido de todos los que han visitado ese célebre establecimiento.

»Al mismo tiempo el perro César, un terrible animal que inspiraba á los condenados más terror que los mismos guardas, fué lanzado sobre la pista del fugitivo.

»No tardó en alcanzarle.

»Pero no fué el más fuerte.

»Pocos momentos después se le encontró moribundo con el cráneo abierto por un arma que se supone ser un fragmento de reja de arado que se encontró cerca, entre unos espinos.

»Desde lo alto de la playa vieron los guardas, al través de una espesa bruma, lanzarse al mar al fugitivo, hicieron fuego sobre él y debieron alcanzarle varias balas.

»Su cadáver no ha parecido, ni era posible que pareciera.

»Nadie ignora que los tiburones, muy nu-

merosos en la vecindad de Mandu, adonde son atraídos por los despojos de las fábricas de conservas, son los más temibles centinelas de la costa, y no dejan, á los que intentan una evasión, ninguna probabilidad de salvación.

»La autoridad no ha tenido, pues, más que hacer constar la muerte de ese desgraciado que ha preferido un fin terrible á la miseria de una esclavitud que era incapaz de soportar.

»Hemos leído el acta de defunción de ese vástago de una gran familia decaída.

»Es indudable que los Montarón son los descendientes directos de los marqueses de la Ferté Montarón, que jugaron un cierto papel bajo la antigua monarquía, y que eran aún rico y poderosos á fines del siglo pasado.

»El fin trágico que el desgraciado Juan Montarón ha tenido, cierra de la manera más dramática un asunto que tuvo en Francia una cierta resonancia.»

Juan Montarón no creía á sus ojos.

¿De modo que estaba muerto... muerto legalmente?...

El no existía ya á los ojos de la ley ó de la justicia.

Luego no le buscarían, no tratarían de prenderle, puesto que estaba borrado de la lista de los vivos.

Desde aquel momento, ¿por qué no entrar en Francia, vivir allí bajo nombre supuesto y trabajar para ganar su pan, haciéndose mozo de cuerda, obrero ó cochero de alquiler en caso necesario?

Su hermano Guillermo trataría de hacer for-

tuna ayudando á su compañero de aventuras. Imposibilitado para montar á caballo y hacer marchas largas, á causa de su herida, ¿en qué podía ser útil á sus compañeros?

Y además le faltaba el aire del país.

Quería volver á ver la Boca del Lobo, saber lo que allí pasaba; volver á ver también á Pedro, á su madre, y sobre todo á Teresa.

Veinte veces leyó y releyó el artículo que daba la noticia inesperada de su muerte.

Y con aquel buen sentido que le dictaba lo que hubiera debido decir para defenderse ante el tribunal de Blois, comprendía que aquella acta de defunción extendida por las autoridades de Noumea para cubrir una negligencia, ó de buena fe tal vez, llevaba un cambio radical á su condición.

Nadie tenía interés, en lo sucesivo, en ocuparse de un penado difunto.

¿Quién impediría, con algunas precauciones, respirar aire del país, sin el que no podía vivir?

Una dificultad le detenía.

No tenía dinero para pagar el pasaje y repatriarse.

El vizconde de Fleuse y Guillermo, que habían salido para hacer una excursión larga, con objeto de ver unos terrenos, cuya compra les proponían, le habían dejado un billete de mil francos; y preciso es decir, en obsequio á la generosidad del vizconde, que compartía su dinero como un hermano con sus compañeros; pero Juan Montarón, por delicadeza, no quería tocar aquella cantidad más que para pagar los gastos que ocasionara en el hotel.

Se preguntaba qué iba á hacer cuando recibió del vizconde la carta que sigue:

«Mi querido Juan:

»Quiera Dios que cuando esta llegue á vuestro poder estéis completamente restablecido.

»Así lo espero y lo deseo vivamente.

»Tengo que daros una noticia que creo feliz.

»Acabo de adquirir en un precio ventajoso una concesión de terreno en medio de la región de las minas de carbón y de cobre que están hoy en plena explotación y cuya importancia aumenta de día en día.

»Estos terrenos pertenecían á un riquísimo propietario australiano que explota otros muchos y se decide á liquidar sus negocios para irse á vivir á Londres ó París después de haber hecho fortuna.

»He hablado de vos á mi vendedor, señor Turner, explicándole vuestra herida como consecuencia de una imprudencia.

»Va primero á Londres, donde tiene grandes intereses, y debe embarcar en Brisbane en un barco de la Compañía Hampden, de la que es uno de los administradores.

»Le vereis en el hotel de Halifax, donde estais, de aquí á dos ó tres días.

»No olvideis que para él, como para todo el mundo, sois pariente mio, y que Juan Montarón está enterrado, al menos hasta el día de la justicia ó del indulto, que llegará con seguridad.

»Ya nos teneis aquí instalados para mucho tiempo sin duda.

» Vivireis aquí con nosotros; seremos tres compañeros de armas que nada podrá desunir.

» Nosotros regresaremos á Brisbane dentro de unos doce días.

» Todo está arreglado con el señor Turner, y ya estamos en posesión de un dominio que no os describo, porque pronto lo vereis.

» No creo haber empleado mal mi dinero.

» El porvenir nos dirá si me equivoco.

» Hasta muy pronto, mi querido Juan.

» No os priveis de nada, y considerad como vuestra la pequeña suma que os hemos dejado.

» Quiero que en lo sucesivo todo nos sea común y que compartamos como hermanos la buena y la mala fortuna.

» Vuestro amigo,

» FELIPE DE FLEUSE..»

Juan Montarón á Felipe de Fleuse.

« Mi querido y buen amigo:

» He recibido vuestra carta en el momento en que empezaba á inquietarme por vos y por Guillermo.

» A Dios gracias, veo que todo va bien y quiero creer que vuestras esperanzas se realizarán.

» En cuanto á mí, me siento mucho mejor.

» Dentro de pocos días estaré fuerte, como si nada hubiera sufrido.

» He visto al señor Turner, quien me parece un hombre muy respetable.

« Me ha afirmado que en pocos años, si vuestra ambición no es desmesurada, podréis volver á Francia victoriosos.

» Yo me decido á volver á Francia.

» No creais que cometo una imprudencia.

» Puedo deciros que menos que yo mismo me meta en las manos de la policía ó de los gendarmes, estoy en absoluta seguridad.

» Así lo comprenderéis al leer el número del periódico *La Francia Austral de Noumea*, que os envío con esta carta.

» En ese periódico veréis un hecho realmente extraordinario y que os admirará como me ha admirado á mí.

» ¡He muerto!

» No es broma.

» El señor Turner, á quien he dicho mi propósito de volver á Francia por algún tiempo; se ha mostrado muy atento conmigo.

« Me ha conseguido el pasaje hasta Londres á mitad de precio en un paquebot de la compañía el Sydney. en el que embarca el también.

» El viaje me costará, pues, doscientos cincuenta francos solamente.

» Tomo otros doscientos cincuenta para tener dinero á mi llegada á Francia, y dejo el resto del billete de mil francos al Sr. Davison, el dueño del hotel, para que os lo entregue á vuestro regreso.

» Si queréis saber porque me marché, he aquí la razón:

» Me devora el deseo de saber lo que pasa en Francia; yo no sé que presentimiento me ad-